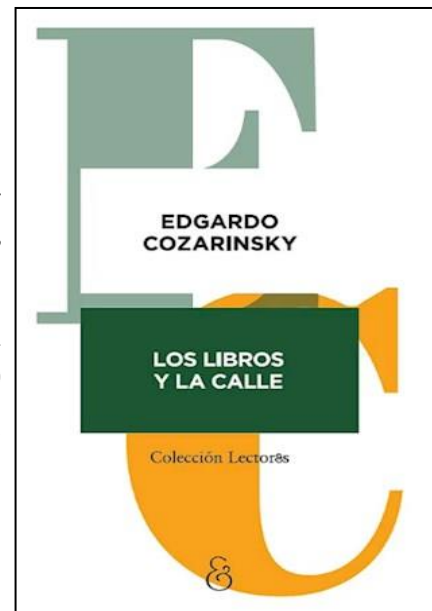




Secreto, Cecilia. "Reseña bibliográfica: Edgardo Cozarinsky, *Los libros y la calle*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2019, vol. 8, n° 16, pp. 273-275.

Edgardo Cozarinsky
Los libros y la calle
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ampersand
2019
168 pp.



Cecilia Secreto¹

Recibido: 20/05/2019

Aceptado: 30/05/2019

Publicado: 05/07/2019

Lo leído, que no es sino parte de lo vivido

Cualquier lector medianamente entrenado, medianamente lector y medianamente argentino, ante la frase "los libros y la calle" produce, inmediatamente, la sustitución semántica obligatoria que la herencia borgiana nos legó, entonces también lee "los libros y la noche". Es claro que tener calle y tener noche a veces funcionan como sinónimos en la jerga rioplatense, pero no es esa la connotación en el poema de Borges, como tampoco lo es en el libro de Cozarinsky. En ambos casos (los libros y la noche, los libros y la calle) están ligados

no solamente a la experiencia (la ceguera, los años) sino también a los dones, a esa especie de gracia del destino que lo convierte a uno, antes que nada en la vida, en un lector: "Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta declaración de la maestría / de Dios, que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros y la noche" (Borges 1960).

Si bien la primera entrada de *Los libros y la calle* habla acerca de la incursión inaugural que tiene la mayoría de los lectores, el diccionario y las palabras "prohibidas" (vagina, pene, puto, puta) e incluso continúa con los libros de la escena familiar (las lecturas del padre y de la madre), a medida que transcurre y nos adentramos en esta especie de cartografía de la lectura, los límites de cualquier posible ordenamiento se van borrando y el texto va adquiriendo aquello que el mismo autor sostiene como su propósito: lecturas "sal-

¹ Magister en Letras. Profesora en el área de Teoría Literaria de la carrera de Letras (UNMDP). Contacto: ceciliasecreto@gmail.com

teadas” que se correspondan con lo errático de su intención, siempre breve y veleidosa. El gusto por lo que él mismo denomina lo mezclado, lo mestizo, queda evidenciado en la confección de *Los libros: un recorrido errático, aleatorio, sin ordenamiento espacial ni temporal, conducido por el capricho de la memoria, por la fuerza de las alianzas, por el efecto de los afectos, por la decantación de los años, por la urgencia del paso del tiempo, por las páginas que se vuelven imborrables, por el vacío de las ausencias, por la urgencia de escribir, por lo que el lenguaje recoge: “Debo admitir que solo me atrae lo mezclado, lo mestizo; nunca me interesó la poesía pura ni la raza pura, y siempre me pareció que la gente más hermosa es aquella donde se mezclan herencias disímiles, gente de *mixedblood*” (119).*

Es el carácter mestizo, salteado, aleatorio y fragmentario el que le da entidad a la mixtura de este libro: una serie de textos breves, signados por la transversalidad que se va dibujando entre las líneas del único y gran tema, los libros (la lectura, la escritura). *Los libros y la calle* es, a nuestro entender, ese recorrido arqueológico que va determinando y escribiendo el autorretrato de la figura de escritor, así Cozarinsky se refiere y se define a sí mismo a partir de las lecturas, las librerías, los interlocutores, las charlas, los autores y las traducciones (entre otros) que han ido tejendo la urdimbre en que se construye el sujeto que escribe. Y el sujeto escribe nada más ni nada menos que para salvar su vida. “Había llegado a una edad en que el roce de la muerte, aun la amenaza de la invalidez, me hizo tomar conciencia de los muchos años en los que había postergado mi verdadera vocación” (72). El lector, frente a la inminencia de la muerte, es decir, ante la energía tanática de la enfermedad, se encuentra, frente a frente con su verdadero deseo: “A partir de *La novia de Odessa* empecé a escribir, más bien a publicar, como si de ello dependiera mi vida. El lector siguió vivo, ahora del lado del escritor” (72)

Quizás esta sea una de las claves ocultas del libro, donde todo está dicho una sola vez y como al pasar, sin demasiadas estridencias, como en las verdaderas mixturas. “Déjate contar, tiempo muerto” es el epígrafe de Germán Marín que Cozarinsky elige para abrir la serie. Se trata de un vocativo, semejante al que utilizaban los antiguos poetas griegos, cuando pedían auxilio a la Musa, a su poder divino de inspiración. Es el pedido del escritor, es el enunciado de su necesidad y su deseo: poder escribir, poder decir, poder salvar el tiempo, poder salvar la vida con el trabajo de la escritura. Así, la escritura, redime. Pero, como el escritor es, antes que nada, un lector, la arqueología debe hacerse sobre las huellas de las lecturas (“En este volumen, autorretrato del escritor como lector...”, 75). De este modo, el tiempo muerto al que alude el epígrafe hace referencia al tiempo postergado al que el autor ha relegado su propio deseo: el de escribir ficción, tarea que emprende luego de un cáncer, ya de grande, en su regreso a Buenos Aires (si el libro contara una historia – si la contara o nosotros, como lectores, buscáramos que cuente una– esta es una historia posible: el encuentro del lector con su propio deseo, el de ser escritor). Imposible no recordar a Barthes (1972) en este punto y su reflexión acerca del deseo del texto, cuando nos dice que el lector (sea el crítico o no) lo que desea es apropiarse de las metáforas del texto para continuarlas. A ese deseo metonímico es al que refiere Cozarinsky. Una clara pulsión de vida, erótica, es la que libidiniza su tarea de escritor, la de apropiarse del lenguaje como motor de vida.

Michel Foucault (2010) nos habla acerca de la función de la “escritura de sí” haciendo referencia a lo que denomina la constitución ethopiética del sujeto. Entonces ¿de qué modo (en qué orden) Cozarinsky va escribiendo y dibujando su recorrido de lecturas, de libros, de personas, personajes, y de calle que lo han ido llevando a erigirse como sujeto deseante de la escritura a la que se aspira? Como ya he-

mos mencionado, comienza con la niñez, igual que tantos niños busca en los diccionarios, yendo de una definición a otra, el conocimiento de lo callado. De esa etapa hay una palabra de la que no olvida su misteriosa definición, se trata de la palabra “puto”, “sujeto amoral del que abusan los libertinos”. Años más tarde Osvaldo Lamborghini le propondrá otra variante: “sujeto amoral que abusa de los libertinos”. Las lecturas en la casa de los padres será el tema del segundo capítulo o la segunda entrada, quizás la pregunta interesante sobre la cual detenerse sea la concerniente a pensar en la lectura del otro, sobre todo cuando ese otro es el gran otro, es decir, los padres: “Intento imaginar qué buscaban mis padres en esas lecturas” (71). Los personajes y las publicaciones de Editorial Atlántida también ocuparán un espacio dentro de este recorrido, sobre todo en relación con el trasfondo ideológico que Constancio C. Vigil representó dentro de la tradición editorial argentina. “¿Cómo dejás que el chico lea esos libros de un autor reaccionario? (...) oí que el tío Bernardo, de visita en Buenos Aires, reprochaba a mi padre” (13). El mismo tío que, para contrarrestar la postura reaccionaria de Vigil le regalará la colección de cuentos para niños de Monteiro Lobato de Editorial Americana. Junto a los personajes infantiles la Sexta y la Quinta del diario *La Razón* forman parte de este mosaico con el que la mayoría de los argentinos de la generación de Cozarinsky no dejarán de reconocerse (el padre también compraba *La Vanguardia*, diario del Partido Socialista).

De este modo los títulos y los fragmentos que componen ese mosaico de citas que conforman el cuerpo literario de cualquier lector que se precie de tal van haciendo entrada y se van anunciando de un modo que podríamos percibir como “desordenado”, porque el entramado de la subjetividad lectora es rizomático: *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, *La isla del tesoro* y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Robert Louis Stevenson, *Colmillo blanco* y *La llamada de lo salvaje*

de Jack London. Joseph Roth, Hemingway, Tomas Mann. *Oliver Twist*, *Tom Sawyer*, *La metamorfosis*. Borges, José Bianco, Balzac. Raymond Chandler, Ross Macdonald. *En busca del tiempo perdido*. Robert Musil, Giorgio Agamben, Joseph Kessel, Juan Goytisolo, Alberto Tabbia, Macedonio Fernández, Leopoldo Lugones, Jean Paul Sartre, Horacio Salas, Homero Expósito, Fiódor Dostoievsky.

Cada uno de ellos (y muchos más) enlazados en las líneas de un texto conjetural (como ese poema de Borges al que Cozarinsky se refiere como a uno de sus preferidos) e inaugural, contribuyen a que el autor sostenga, ya promediando su recorrido que “Cada individuo que muere es una biblioteca que arde” (105) y reflexione sobre las formas de subsistencia de las lecturas que dejaron huella: “A veces me asombra reconocer las formas en que subsisten y se metamorfosean las lecturas que nos marcaron, donde intuimos algo que íbamos a incorporar en formas cambiantes muchos años más tarde” (121).

Cozarinsky reflexiona acerca de su propio lector modelo (Eco 1981) y sostiene que piensa que escribe para un lector ideal en quien reconoce sus propias preferencias y sus enconos. Espera que no sea una sola persona. Dice saber que esto puede ser leído como una forma de solipsismo y que acaso debería confesar que escribe para leerse.

Obras citadas

- Barthes, Roland. *Crítica y verdad*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
- Borges, Jorge Luis. *El hacedor*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1960.
- Eco, Umberto. *Lector in fabula*. Barcelona, Lumen, 1981.
- Foucault, Michel. *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 2010.